

64

La búsqueda de
La casa perdida
en el tiempo y La
imaginación: dos
novelas de Olga
Nolla y Anaqilda
Garrastegui

María Cristina Rodríguez

RESUMEN

LAS MUJERES DE CLASE TRABAJADORA que emigran a las capitales caribeñas o las metrópolis europeas y norteamericanas dejan atrás un pedazo de tierra, la casa familiar o un lugar anónimo. Sus viajes, sus cortas o largas estadías en las ciudades, sus regresos esporádicos o prolongados sirven muchas veces para afirmar su decisión de emigrar. Por el contrario, para las mujeres de clase media o acomodada, las casas donde se crían son lugares protegidos que le ofrecen una seguridad falsa que les permite crear un imaginario a través de recuerdos, cartas y cuentos. En *El manuscrito de Miramar* de Olga Nolla y *Semillas de fuego* de Anagilda Garrastegui los personajes femeninos vuelven a encontrar un sentido de vida, un pasado que nutre su presente, una manera de preservar sueños y recuerdos que parecen borrarse, al entrar nuevamente en las casonas familiares. El ensayo intenta explorar cómo una estructura adquiere significados particulares al ser recordados y recreados por estos personajes mujeres.

Palabras claves: mujeres escritoras, género, literatura caribeña, espacios físicos e imaginarios

ABSTRACT

WORKING-CLASS WOMEN who migrate to Caribbean cities and European and North American metropolises leave behind a piece of land, the family house or an anonymous place. Their travels, their short or long term stays in these cities, their sporadic or prolonged returns are many times ways of affirming their decision to migrate. Middle and upper-class women quite differently consider the family houses where they grew up as protected spaces which offer a false sense of security that allows them to create an imaginary enclosure through memories, letters and stories. In *El manuscrito de Miramar* by Olga Nolla and *Semillas de fuego* by Anagilda Garrastegui, female characters find again a reason to live, a past that nourishes the present, a way to preserve dreams and memories which seem to be effacing when they enter the old family house. The essay explores how a physical structure acquires particular meanings when remembered and recreated by these female characters.

Key Words: women writers, gender, Caribbean literature, physical and imaginary spaces

LAS MUJERES DE CLASE TRABAJADORA QUE EMIGRAN a las capitales caribeñas o las metrópolis europeas y norteamericanas dejan atrás un pedazo de tierra, la casa familiar o un lugar anónimo. Sus viajes, sus cortas o largas estadías en las ciudades, sus regresos esporádicos o prolongados sirven muchas veces para afirmar su decisión de emigrar. Para ellas- con ciudadanía, visado o *sans papiers*- las fronteras y las leyes de inmigración son impedimentos momentáneos. Al no tener “*grounding*” (raíces, rizomas, lazos afectivos) en estos otros lugares pueden moverse adonde les es más conveniente trabajar y residir el tiempo necesario, y situarse donde ellas escojan aunque tan sólo sea temporera. No buscan la permanencia, solamente algún tipo de seguridad de trabajo y protección de vida. Así agrupo en mi libro *What Women Lose: Exile and the Construction of Imaginary Homelands in Novels by Caribbean Writers* estas vivencias en las novelas de Loida Martiza Pérez, Julia Álvarez, Esmeralda Santiago, Judith Ortiz Cofer y Cristina García del Caribe hispano, de Maryse Condé, Edwidge Danticat, Gisèle Pineau y Myriam Warner-Vieyra del francófono, y Joan Riley, Michelle Cliff y Dionne Brand del Caribe anglófono.

Las escritoras caribeñas miran su isla y su entorno como espacios muy particulares donde desarrollan sus historias que pueden ser tan cerradas y claustrofóbicas como las casas donde se ubican los personajes de las puertorriqueñas Rosario Ferré, Olga Nolla y Marta Aponte, y la guadalupana Myriam Warner-Vieyra. O pueden, mientras imaginan otra realidad en sus vidas, incorporar en sus escritos y proyectarse a ese Caribe fragmentado y distante por decisiones políticas que limitan el libre fluir de las expresiones culturales no importa su lenguaje, sus instrumentos de música, sus voces y sus rituales. Dentro de su proyecto caribeño, las escritoras buscan una historia propia que les permita detectar los misterios del silencio, de los manuscritos escondidos o destruidos en unos espacios habitados por mujeres o seres marginados por los dictámenes patriarcales. Van a la búsqueda de orígenes, de ancestros, pero al margen de la historia oficial. No es la herencia de los gobernantes lo que buscan sino de los desplazados, desposeídos, desterrados y borrados por esa historia que los hace pensarse dependientes y aspirantes a ser ese Otro: blanco, profesional, con dinero para adquirir lo que los medios insisten que es esencial a la vida. Aunque una gran parte de las novelistas de Puerto Rico prefieren trazar las rutas de sus personajes a espacios domésticos y locales, otras abordan los espacios caribeños donde

apenas se transita o donde los mundos internos y nocturnos quedan inencontrados. Estas escritoras hacen conexiones con la historia y la geografía caribeña común aunque cada una utiliza una perspectiva muy local para ver al resto del Caribe.

En las novelas de Rosario Ferré, Olga Nolla, Magali García Ramis y Anagilda Garrastegui el elemento de clase determina las rutas hacia los orígenes y la expansión del Caribe. Crean comunidades descritas por Linda McDowell como “un concepto relacional en vez de categórico que se define por las relaciones materiales y sociales y por los significados simbólicos”.¹ Utilizan las genealogías para establecer estructuras donde no se noten los vaivenes de los pisos raciales y culturales que describe José Luis González en *El país de cuatro pisos*. En *Las horas del sur*, segunda novela de Magali García Ramis publicada en 2005, los orígenes de su personaje principal vienen de España por ambos costados. El mapa del Caribe se reduce al abuelo Vicente contar de su estadía en Jamaica como marino mercante y a los múltiples viajes de Andrés que solamente incluyen una mención de Haití y una oración a Jamaica. Son puntos en una geografía que prefiere trazar rutas a México, Estados Unidos y múltiples países europeos. En *El manuscrito de Miramar* de Olga Nolla parte de la familia Gómez Sabater sobrevuela la región del Caribe y la describe como turistas leyendo un folleto de un lugar desconocido:

Volamos bajito sobre el mar Caribe sin perder de vista la costa del collar de islas. Era un asombro verlas como ensartadas, con sus playas de arenas doradas y sus altas montañas. Santa Cruz, Nevis, Monserrat y su humeante volcán, Guadalupe, Dominica, Martinica, Santa Lucía, Barbados, San Vicente y Trinidad...²

Según Ferré, Nolla, García Ramis y Garrastegui, Puerto Rico no es parte de ese Caribe multiracial de orígenes amerindios, africanos, europeos y orientales; sus antepasados provienen de España y aunque en su mayoría llegaron empobrecidos, su espíritu aventurero rápidamente los transformó en personas pudientes. Todos logran construir sus casas, educar a sus hijos y enviarlos a “la madre patria” para recordar de dónde provienen. Es *the whitening of history*, el blanqueamiento de la historia puertorriqueña al crear una geografía donde no existe el Caribe anglo ni francófono, y donde el hispano parece insertarse en la misma fantasía.

Para las mujeres de clase media o acomodada- aunque viajan y muchas veces residen por tiempo indefinido en otros lugares, ya sea por casamiento, empleo, estudios o mudanza familiar- las casas donde se crían adquieren un significado simbólico y nostálgico al recordarlos y percibirlos como lugares protegidos que le ofrecen una seguridad falsa que les ayuda crear un imagi-

nario a través de recuerdos, cartas y cuentos. En *El manuscrito de Miramar* de Olga Nolla y *Semillas de fuego* de Anagilda Garrastegui- ambas de 1998- los personajes femeninos vuelven a encontrar un sentido de vida, un pasado que nutre su presente, una manera de preservar sueños y recuerdos que parecen borrarse, al entrar nuevamente en las casonas familiares- las imaginadas, recordadas o habitadas. Como señala la geógrafa Doreen Massey en su libro de 1994 *Space, Place and Gender* y en su más reciente *For Space* de 2005, tanto los individuos como las sociedades conciben los espacios de maneras muy diferentes. Quiero explorar en este trabajo las presunciones del espacio que tienen las mujeres protagonistas de las novelas de Nolla y Garrastegui, además de referirme a otras escritoras puertorriqueñas que comparten esta visión y otras que siguen rutas o caminos diferentes.

En su teorización del espacio, Massey reta las interpretaciones del espacio como algo cerrado y coherente, con autenticidad por ser concreto y fijo; como el espacio-hogar-el lugar seguro que no cambia; el espacio como regionalizado, dividido sin posibilidad de transformación.³ Aunque para la Sonia y María Isabel en la novela de Nolla, y la Matilde de Garrastegui la casa signifique un baúl de recuerdos con historias casi perdidas que se sienten en la obligación de rescatar, inconscientemente todas entienden que los espacios son fluidos y cambiantes. Podrán rescatar los “manuscritos” que contienen historias escondidas/privadas/olvidadas o ignoradas por la familia, pero al hacerlo las transforman en nuevas historias con nuevas autoras y una nueva audiencia.

En *El manuscrito de Miramar*, la casa abandonada de la familia está en proceso de ser demolida cuando los obreros encuentran un antiguo cofre que entregan a los anteriores residentes de la casa: los hermanos María Isabel y Antonio Gómez Sabater. A través de la lectura del manuscrito-diario encontrado dentro del cofre y de la autoría de la madre, Sonia Sabater, los hijos reconstruyen la casa de los abuelos maternos donde se criaron. En *Semillas de fuego*, Matilde, después de pasar cinco años estudiando y trabajando en la zona metropolitana, regresa a la casa del bisabuelo en Barina para reconstruirla al mismo paso que reconstruye su vida. La experiencia en la ciudad dejó a Matilde desgastada física y emocionalmente. Para reconocerse nuevamente retorna al pasado de su niñez al habitar la casa abandonada que recuerda y que conoció a través de los cuentos familiares. Distinto a los personajes de Nolla, Matilde restaura la vieja casona para crearle el espacio físico negado a Juana- la hija innombrada del bisabuelo Antonio.

Desde chiquita se me metió en la cabeza devolverle su lugar, su sustancia, en la crónica familiar. Quiero anular la injusticia de su padre al querer negar sus derechos, su propia existencia, eliminando su nombre del testamento y del libro

de actas de bautismo de la iglesia de Barina.⁴

A pesar de que inicialmente parece que los personajes de estas novelas tienen una visión estática del espacio al fijar las viejas casas en los recuerdos de la niñez, en verdad las experiencias de estas mujeres como adolescentes y adultas- especialmente en su trato con los hombres- transforman los espacios y expanden los recién habitados. En este sentido ellas también conciben el espacio como Massey: un espacio de posibilidades, siempre en construcción, siempre en proceso, nunca finalizado, nunca cerrado.⁵ Matilde en *Semillas de fuego* reconstruye poco a poco la casona de Barina al mismo paso que sana sus heridas a través de la poesía y el contacto con su nuevo vecindario. Pero su obra nunca se termina: a la casa siempre habrá que hacerle algo, porque por más que quiera reconstruirla a semejanza del modelo original que ni ella conoció, tiene que adaptarla a las necesidades de finales del siglo XX. Igualmente su poesía es un proceso de escribir, reescribir, revisar, dejar a un lado y volver a leer críticamente. “Pero esta poesía, ¿de dónde ahora sale? ¿Qué fuente se ha roto? ¿Qué preñez estancada, pasmada, busca salida?”⁶

María Isabel en *El manuscrito de Miramar* quedará perpleja al leer las descripciones eróticas de las aventuras amorosas de Sonia y tratará de recordar detalles de su adolescencia que pudieran haber dado señales de esta otra vida que tanto atesoró su madre. Buscará en su memoria la estructura fija de la casa de Miramar donde siempre se sintió segura y protegida aún después de la muerte de su madre y de sus residencias en los Estados Unidos para estudiar y hacer vida propia. Intentará reconstruir los detalles de sus espacios interiores y exteriores casi para detener el tiempo que le permita entender a la mujer que siempre vio como otro espacio dentro de la casa. Pero como el tiempo no se puede detener y los espacios también se mueven con el tiempo, el manuscrito de su madre cambia la visión estática de Sonia como madre abnegada y esposa complaciente de una familia normal y “feliz”.

María Isabel tuvo que alejarse de los papeles porque sin darse cuenta había comenzado a llorar. Grandes lagrimones rodaban por sus mejillas y manchaban los papeles mohosos al diluirse la tinta azul. ¿Por qué su madre no había destruido este texto? ¿Por qué le entregó la historia secreta de su vida íntima al azar, a la circunstancia, al accidente?⁷

Tanto en el recuerdo y en la nueva apreciación de María Isabel por su madre y de Matilde por su antepasada Juana, se presenta la fluidez de la memoria y de los espacios de tiempo y lugar. John Berger en *Another Way of Telling*

explora el contar historias a través de una foto o de una serie de ellas. Señala que “Memory is a field where different times coexist. The field is continuous in terms of the subjectivity which creates and intends it, but temporarily it is discontinuous”.⁸ Aunque desde el principio tanto Matilde como Sonia y María Isabel necesitan creer en la autenticidad de un espacio para poder fijar su sentido de pertenencia, de tener un hogar y su *grounding*, pasan por un proceso de entender que el tiempo no se puede detener ni siquiera en la imaginación. Sin duda, todos estos personajes tratan de detenerlo para crear un imaginario que satisfaga su necesidad de enfrentar la realidad de un presente movedizo y turbio. Para lograr esto- aunque solamente sea momentáneamente- intentarán borrar escenas del pasado y reescribir una historia que les brinde la seguridad y el *grounding* que no tienen. Pero como nos afirma Massey, “you can never simply go back, to home or any where else. When you get ‘there’ the place will have moved on--just as you yourself will have changed”.⁹

Una diferencia crítica entre las novelas que trazan la ruta migratoria de las mujeres trabajadoras y estas historias de mujeres de clase media y acomodada es su posición ante el trabajo. Personajes como América en *América's Dream* de Esmeralda Santiago se valoran por su capacidad de trabajar fuera del hogar y ganar un salario que les permite mantener a una familia- en este caso su hija y su madre. Cuando se presentan oportunidades de obtener mejor trabajo- queriendo decir más dinero y mejores condiciones de empleo- estas mujeres no dudan en hacer todos los arreglos necesarios para moverse de lugar en lugar, incluyendo emigrar, sin que sus allegados se vean afectados. Dejan atrás familiares que pueden o no habitar casas que una vez pertenecieron a sus abuelos. Pero para ellas esos espacios de vivencia solamente tienen valor si cumplen con lo necesario para cobijarse y guardar las pertenencias. Si surge una crisis, la casa se vende o se alquila si son las dueñas. Si se ha emigrado y se piensa volver a la isla, como es el imaginario de los caribeños, se regresa con suerte a una casa o terreno heredado que tiene valor adquisitivo pero muy pocas veces emotivo.

Para los personajes mujeres en *El manuscrito de Miramar* y *Semillas de fuego* el trabajo no es una necesidad para poder sobrevivir. Es casi opcional ya que tanto Sonia como María Isabel y Matilde cuentan con un ingreso que les permite estudiar sin tener que practicar una profesión. Aún cuando lo hacen, el buen matrimonio les permite poner el trabajo en un segundo plano o sencillamente dejarlo atrás. No dependen de su salario para subsistir. Por eso se ofrecen muy pocos detalles de los espacios de trabajo. En el caso de María Isabel que estudia medicina sabemos de sus largas guardias, de su torbellino “affair” y luego de lo ocupada que está atendiendo su práctica. El otro espacio externo que sí parece ser importante aunque solamente sea temporamente es la escuela o universidad. Matilde en *Semillas de fuego*

recuerda muy detalladamente los roces que tuvo en el colegio de monjas. En el caso de Sonia en *El manuscrito de Miramar* su romance surge precisamente al regresar a la universidad después de casarse y tener dos hijos. Enrique, el profesor de historia, representa un espacio abierto que contrasta con las estructuras de su posición como esposa, madre y preservadora de la casa familiar. Para Sonia los espacios exteriores se definen por los lugares donde se ubican las casas: Monteflores, Miramar, Dos Pinos y la playa de Vega Alta. En cada lugar Sonia y María Isabel tratan de fijar los espacios, y en cada intento, sucede un divorcio, o una muerte, o una separación que obliga a moverse nuevamente. Entonces los lugares quedan en los recuerdos como representativos de un momento en las vidas de estas mujeres. Irónicamente, el único espacio que parece común a varias generaciones- la casa de Miramar- es demolido. “En el año 2025, la casa de los Gómez-Sabater en el área de Miramar en Santurce, y que había permanecido abandonada por más de una década, fue demolida para construir en el solar un edificio de oficinas.¹⁰

Aunque otras escritoras puertorriqueñas como Rosario Ferré y Magali García Ramis-incluyendo su segunda novela *Las horas del sur-* también privilegian las casas como espacios definidores e intentan fijarlas en contra del tiempo, en las novelas de Mayra Santos y Mayra Montero no sucede así por éstas escoger personajes que viven al margen de la versión social isleña aceptada o promovida por las estructuras gubernamentales, la empresa privada, los partidos políticos y los medios. Montero y Santos ponen su mirilla en un entorno caribeño incluyente que se nutre de los márgenes. En estos lugares los centros son distantes y muchas veces ajenos. Los personajes son rechazados o marginados por una sociedad dominante con apariencia de estabilidad, tradición, respetuosa de sus instituciones y su democracia. Las escritoras rescatan a los que no cuentan: los travestis, los des/subempleados, los seguidores de cultos misteriosamente espirituales, los fanáticos u obsesivos que ponen su vida al servicio de sus ideales nacionalistas. Por haber sido relegados a ese margen social, estos personajes tienen gran movilidad: un des/subempleado puede hacer cualquier tipo de trabajo sin rendirle cuentas al gobierno; puede tener el horario nocturno y suicida (7:00 p.m.-7:00 a.m.) en un motel camuflajeado entre los montes fuera de la ciudad. Puede funjir como mensajero de pequeños encargos de drogas sin levantar sospechas como en *Cualquier miércoles soy tuya* de Mayra Santos. Puede utilizar todos los productos en el mercado y el vestuario más “flashy” para probarse como artista en y fuera del escenario como en *Sirena Selena vestida de pena* también de Santos. Puede ser la co-dueña de un pequeño hotel y, después de preparar las comidas y cambiar la ropa de cama de los huéspedes, transportar armas para una insurrección; puede transportar víveres y mercancía en una avioneta privada acompañado por muertos recientes como en *El Capitán de los dormidos* de Mayra Montero. Son personajes que

parecen marcados para moverse, para transitar en muchos niveles y lugares. No hay raíces en su sentido tradicional de inmovilidad y fijeza. Los hogares se forman y se desmantelan; las familias también se rehacen, usualmente por lazos de amistad, pues todo lo que se pide y se necesita es afecto y protección.

...su primera madre. O mejor, su hermana mayor. Tina, le apodaban en la calle. Fue quien la quiso cuando aún ella no era la Sirena. La cuidó poco después que muriera su abuela, cuando había visto cómo se la llevaban en una ambulancia a la morgue, cuando lloró pensando en el entierro que nunca le iba a poder dar, cómo los huesos de su abuela estarían por siempre dando tumbos por el mundo, deambulantes, perdidos. Valentina la quiso cuando los de Servicios Sociales amenazaban con llevárselo a un hogar estatal para menores. La ayudó a esconderse de policías y trabajadores sociales, le enseñó a profesionalizarse.¹¹

Como señalé anteriormente, los espacios urbanos en las novelas de Nolla y Garrastegui se presentan como trasfondos donde las protagonistas apenas interactúan a menos que se lo exija la ocasión. Para las personajes- no importa si una ha vivido toda la vida en una de sus secciones privilegiadas y la otra ha residido más de seis años estudiando y trabajando- el espacio urbano no les es familiar, todo lo contrario, lo perciben como hostil y peligroso para una mujer:

La comprensión de una ciudad es siempre incierta, incompleta, exploratoria, como dice Merleau-Ponty, uno nunca termina de conocer la ciudad aún si ha vivido en ella desde hace tiempo. Hay barrios que nos son familiares, conocemos las puertas y ventanas de sus casas. Otros, por el contrario, son lejanos, inaccesibles, se nos aparecen como misteriosos, o como amenazantes y ‘peligrosos’. Nunca poseemos el sentido total de la ciudad. Tampoco podemos dominarla con una sola mirada.¹²

Sonia Sabater comparte con estudiantes y profesores que no son de su grupo social cuando asiste a sus clases en la Universidad de Puerto Rico por par de horas algunos días de la semana. Pero en el momento que regresa a su vida real de casa y familia queda fuera ese espacio donde convergen jóvenes y adultos de todas las clases, procedentes de la capital y de otros pueblos de la isla. Matilde es una de esas estudiantes que vino de un pueblo a estudiar en la Universidad y

que no pudo lidiar con lo que existía fuera de los salones de clase y de la separación invisible pero tangible de ese pueblo de Río Piedras que parece disolverse con el esparcimiento urbano. Para ninguna de las personajes la ciudad cumple uno de sus más importantes objetivos, ser un lugar de encuentro temporero y alterno sin barreras de clase, raza, etnia o género. Así describe Pola, la amiga y confidente de Matilde, la alienación compartida en la ciudad:

Aquí he pasado demasiados años ya para pensar en salir. Aquí me quedaré para maldecir, porque alguien tiene que hacerlo, las malas obras de los alcaldes que desfiguran y afean la ciudad. Que arrancan sus adoquines centenarios como si fueran ladrillos made in U.S.A. Aquí me quedaré con el crimen, el incesto, el adulterio, el desvelo, los toyotas, los políticos, los pecados, el antiguo casino, los turistas, el Ateneo, los limpiabotas, los heterosexuales, los mendigos, la Casa de España, las pestes, la polilla, las palomas, las guaguas, el Mar, sobre todo, el Mar.¹³

Pero mientras Pola se niega a buscar otro lugar, Matilde escoje regresar a la casa de los bisabuelos, distinta a la casa familiar donde encontraba espacios para adueñarse y expresarse sin el dominio patriarcal a pesar de las imposiciones a su futuro por ser mujer: “Mi originalidad se manifestaba buscando los lugares apartados o abandonados para pensar y escribir: el cuarto de los trastos viejos, el techo de la casa, los árboles frutales, el ranchón de tabaco semiderrumbado...”¹⁴ El viaje que emprende es “un viaje a la semilla” pasando por Salinas, Ponce, Yauco hasta llegar a la casa abandonada, pero no destruida, de Barina.

Aunque Olga Nolla y Anagilda Garrastegui presentan personajes mujeres que en un principio intentan fijar espacios al cargarlos con significados muy particulares, las historias de *El manuscrito de Miramar* y *Semillas de fuego* hacen fluir y cambiar los recuerdos de las casas familiares. Cada personaje ocupa ese espacio por un tiempo para luego alejarse o retornar con experiencias distintas que transforman lo conocido y aceptado en nuevos proyectos. Los espacios se mueven con el tiempo, y el tratar de inmovilizar la casa familiar de los recuerdos distantes de la niñez y adolescencia es imposible. Las casas se construyen, se restauran, se abandonan, se reconstruyen y se demuelen. El tiempo, la indiferencia y los intereses económicos se encargan de remover las estructuras físicas, pero la memoria no tiene necesidad de preservarlas intactas y alegar su autenticidad. Si concebimos los espacios como lugares físicos e imaginados donde coinciden en diferentes momentos varias generaciones, clases sociales y grupos raciales, entonces las estructuras como las casas familiares adquieren un significado flotante que se ajus-

ta momentáneamente a las personas que entran y salen de esos espacios, que traen y llevan una diversidad de recuerdos e intereses que transforman, redefinen, y cuestionan el presente, el pasado y las posibilidades de cambio por venir.

NOTAS

- 1 LINDA MCDOWELL, *Gender, Identity & Place: Understanding Feminist Geographies*, p. 100.
- 2 OLGA NOLLA, *El manuscrito de Miramar*, p. 182.
- 3 DOREEN MASSEY, *Space, Place, and Gender*, p. 4.
- 4 ANAGILDA GARRASTEGUI, *Semillas de fuego*, p. 81.
- 5 DORREN MASSEY, Op. Cit., p. 171.
- 6 ANAGILDA GARRASTEGUI, Op. Cit., p. 96.
- 7 OLGA NOLLA, Op. Cit., p. 38.
- 8 JOHN BERGER, *Another Way of Telling*, p. 280.
- 9 DOREEN MASSEY, Op. Cit., p. 124.
- 10 OLGA NOLLA, Op. Cit., p. 9.
- 11 MAYRA SANTOS, *Sirena Selena vestida de pena*, p. 78.
- 12 JAIME RUBIO ANGULO, "Sinestesis urbanas" en *La imagen de la ciudad en las artes y en los medios*, p. 25.
- 13 ANAGILDA GARRASTEGUI, Op. Cit., p. 50.
- 14 Ibid, p. 40.

BIBLIOGRAFÍA

- APONTE ALSINA, MARTA. *Angélica furiosa*, Cayey, Sopa de Letras, 1994.
------. *Vampiresas*, México, Alfaguara, 2004.
- BERGER, JOHN. *Another Way of Telling*, New York, Vintage, 1995.
- FERRÉ, ROSARIO. *La casa de la laguna*, New York, Vintage, 1997.
------. *Vecindarios excéntricos*, México, Planeta Mexicana, 1998.
- GARCÍA RAMIS, MAGALI. *Felices días, Tío Sergio*, San Juan, Antillana, 1986.
------. *Las horas del Sur*, San Juan, Callejón, 2005.
- GARRASTEGUI, ANAGILDA. *Semillas de fuego*, San Juan, Universidad de Puerto Rico, 1998.
- GONZÁLEZ, JOSÉ LUIS. *El país de cuatro pisos*, Río Piedras, Huracán, 1980.
- MASSEY, DOREEN. *For Space*, London, Sage, 2005.
------. *Space, Place, and Gender*, Minneapolis, U Minnesota P, 1994.
- MASSEY, DOREEN, JOAN ALLEN AND STEVE PILE, eds. *City Worlds*, London, Routledge, 1999.
- MCDOWELL, LINDA. *Gender, Identity & Place: Understanding Feminist Geographies*, Minneapolis, U Minnesota P, 1999.
- MONTERO, MAYRA. *El Capitán de los dormidos*, Barcelona, Tusquets, 2002.
- NOLLA, OLGA. *El manuscrito de Miramar*, México, Alfaguara, 1998.
- RODRÍGUEZ, MARÍA CRISTINA. *What Women Lose: Exile and the Construction of Imaginary Homelands in Novels by Caribbean Writers*, New York, Peter Lang, 2005.
- RUBIO ANGULO, JAIME. "Sinestias urbanas". en *La imagen de la ciudad en las artes y en los medios*. Comp. Beatriz García Moreno, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2000. 11-32.

SANTIAGO, ESMERALDA. *America's Dream*, New York, Harper Collins, 1996.
SANTOS, MAYRA. *Cualquier miércoles soy tuya*, Barcelona, Mondadori, 2002.
----- . *Sirena Selena vestida de pena*, Barcelona, Mondadori, 2000.

WARNER-VIEYRA, MYRIAM. *As the Sorcerer Said...*, Essex, Longman, 1982.